





# UN NÁPOLES



Francisco Tosi

# UN NÁPOLES



Primera edición: marzo de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Francisco Tosi

ISBN: 978-84-19748-14-0

ISBN digital: 978-84-19748-15-7

Depósito legal: M-6900-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi esposa, Maria Julia  
y a nuestra hija Eugenia Julia.*



## PRÓLOGO

Un napolitano, como fácilmente identificaban en aquel momento a un italiano, recalca en la Patagonia. Es «un Nápoles» como dice el Martín Fierro en su vuelta, el que va vendiendo su mercancía de pueblo en pueblo, igual que Gaetano. Han pasado ochenta años, estamos en 1952, mas el perfil no es tan distinto. Un buscavida de escala mayor, un sobreviviente de esa década infame, de locura y muerte. No le queda otra que enfrentar lo que le toca. En esta dimensión fantástica se transforma o eso cree.

Un submarino misterioso, una colaboracionista sádica, una boxeadora que es una dulce, una espía misteriosa y un general traidor son tan fantásticos que parecen reales. El desembarco liberador del tirano, arrojado a las mazmorras por él, creadas por empuje del pueblo levantado en armas, es la utopía de una época. O tal vez no, es solamente una idea equivocada.

Sigo buscando mi submarino en las ventosas playas de la Patagonia y soñando con un mundo mejor.

FRANCISCO TOSI



# CAPÍTULO 1

## UN DESCUBRIMIENTO

Un camioncito Ford modelo 37 avanzaba con esfuerzo por el camino. Tal vez llamarlo camino es una exageración, porque no era más que una huella disimulada entre la vegetación.

Al estar al lado del mar, las hierbas eran bajas y muchas de ellas secas, por lo que resultaba más accesible no perder los surcos y a su vez permitía el paso porque no era profunda. Ese año 1952 era el segundo que Gaetano llevaba en la Argentina, sería más preciso decir en la Patagonia.

Recorría el camino con el cambio en segunda, con cuidado y sin arriesgar, porque le gustaba ir por allí, mirando el mar y no por la ruta de ripio, tierra adentro. En el camioncito llevaba mercadería para reventa, un poco de todo, pero principalmente artículos de tocador para mujer, hojitas de afeitar y otros elementos para hombre, un par de tambores de combustible y sus dos armas: un revólver calibre 38 y una escopeta para cazar con sus municiones.

No eran zonas muy seguras y lo que traía para vender lo había tenido que pagar. Si no cobraba lo que llevaba, el negocio ya de por sí esforzado, iba a ser ruinoso. También tenía un clarinete y una guitarra con que acompañar su buena voz. A veces lograba combinar las dos habilidades, comercio y música, otras, se conformaba con lo que fuera para juntar unos pesos.

Disfrutaba admirando el mar, tan diferente al del golfo de Salerno, donde nació y al Mediterráneo que pudo conocer tan bien

como navegante. Pero este océano abierto, violento y poderoso también tenía su especial atractivo aun siendo tan distinto. Por lo menos a él, lo fascinaba.

El volante se movía bastante, con movimientos bruscos y de a golpes. Él se conformaba con mantenerlo derecho copiando los desniveles del terreno. Mientras manejaba con tranquilidad y recorría con paciencia esas enormes distancias, pensaba, recordaba o, si estaba de mejor humor, como muchos de su país, cantaba.

Pero justo en ese momento, su talante no era de los mejores, no estaba cantando. La mente le daba vueltas por el oscuro sitio de los recuerdos, y, entre estos, de los peores.

Solo rescataba de esa parte de su vida, haber logrado superar los peligros y, en definitiva, su positiva consecuencia: estaba vivo. Había sobrevivido por sus propios medios. Su historia era increíble y fantástica. No podía evitar recordar la terrible secuencia de acontecimientos desgraciados. A veces ni él mismo la creía si no hubiera sido el propio sujeto.

Muy joven, sin saber bien por qué, salvo el intento por escapar de la pobreza, se había presentado como voluntario en la Guerra Civil española, combatiendo para los republicanos. No resultó una elección afortunada porque solo por muy poco logró escapar al fusilamiento. Todavía era joven, volvió a Italia con mayor experiencia y de nuevo en Salerno juró y re juró no meterse en problemas con ejércitos y guerras. Se embarcó en un pesquero como marinero, algo habitual en Salerno.

Así estuvo varios años embarcado por largas estadías, pero no fue su culpa si el capitán mezcló la pesca con el contrabando y los delataron. En aquella época la justicia funcionaba rápida y eficiente. Le dieron la opción de la cárcel o la milicia. A su pesar, la decisión era obvia.

Como estaba amigado con el mar lo enviaron a la base y escuela naval de Livorno un tiempo, luego a la de Taranto y cuando se quiso dar cuenta estaba embarcado en un sumergible. La experiencia duró pocos meses porque unas cargas de profundidad dañaron

los motores. Afortunadamente pudieron salir a la superficie y los recogió un barco inglés, prisioneros. Pero no duraron mucho, solo un par de horas, hasta que en el horizonte aparecieron unos bombarderos alemanes que con bombas hundieron el barco que los llevaba. Antes de hundirse le lanzaron unos botes y gracias a ellos, la mayoría llegó a la costa italiana.

Esa vez se comprometió no volver al mar y menos a ser soldado. Plenamente convencido.

Pero de nuevo el destino no respetó sus planes y lo atrapó en sus redes invisibles sin poder resistirse.

La suerte de la guerra parecía incierta. El régimen italiano necesitaba alistar continuas tropas. Al estar en los archivos del ministerio lo fueron a buscar.

Así fue que casi sin saberlo, se encontró sobre un tren que lo llevaba hacia Alemania junto a otros soldados. Considerando su antecedente militar fue premiado con el grado de cabo y al llegar dispuso de ciertas mínimas comodidades.

Pero eso no duró mucho porque le pusieron arriba de otro tren rumbo al este. Así comenzaría la experiencia más dura y la bisagra en su vida. Era agosto de 1942.

Los recuerdos luego se superponen y entre mezclan. Su mente sigue pasando imágenes y sensaciones mientras avanza en la tierra del sur argentino. ¿Qué más hacer durante kilómetros siempre iguales, que seguir un camino que parece nunca terminar? La respuesta es pensar, recordar, razonar, sentir. La naturaleza parece inmutable pero nunca es igual. Así sus recuerdos agregan o quitan imágenes, sensaciones y se profundizan en un instante para en otro pasar rápido.

Mira el mar inmenso y la playa anchísima. Las gaviotas curiosas sobrevuelan el camión que va lento, seguro y persistente. Como el esfuerzo del pájaro contra el viento, es lo que se le ocurre pensar a Gaetano. Como su vida. Un esfuerzo continuo contra las adversidades.

Reconoció que, dentro de todo y comparado con el pasado reciente, este tiempo debía señalarse como de los mejores. Ese pensamiento le mejoró algo el ánimo.

Así recordó cuando recibió la promoción a primer cabo y hasta sargento, poco antes de ser capturado nuevamente. Era la época que había mejorado mucho su español con los camaradas de la División azul. Pero el conocimiento del idioma, de entrada, no lo ayudó en el campo de concentración de Siberia donde lo mandaron. En esas elucubraciones de la memoria estaba cuando el camioncito lanzó un bufido, tartamudeó unos metros y se detuvo.

«¡Otra vez se acaba la nafta!».

Le dijo Gaetano a un interlocutor imaginario. Era el mes de agosto, no estaba helado, solo un viento fuerte y frío le contestó, casi burlándose.

Gaetano, con gran paciencia, purgó el carburador y con un recipiente de pico angosto que siempre llevaba lleno, repuso la nafta en el tanque. Llenó de vuelta el recipiente, para tenerlo listo, sacando combustible desde uno de los dos tambores y así el vehículo arrancó nuevamente.

La magia o embrujo de los recuerdos se había cortado. Solo le vino a la mente la imagen cálida, o mejor dicho caliente, de Svetlana. Era lo más efectivo cuando se sentía solo, recordar a Svetlana, una gran mujer de las estepas. Tal vez si no hubiera sido por ella, Siberia lo hubiera terminado a él, como sucedió con tantos otros. Murieron más italianos prisioneros que en combate. Pero Svetlana no estaba ahora con él. No perdía las esperanzas. *Spes ultima dea*.

El apodo de Gaetano en la Patagonia era «un Nápoles», por aquello del Martín Fierro según aprendió después. Un libro en dos partes que se consideraba un emblema literario de la Argentina. Ese apodo era un poco despectivo por parte de un criollo hacia el inmigrante, nuevo competidor inesperado. Pero el tiempo transcurrido desde aquella obra depuró el término y casi se transformó en un apodo como cualquier otro.

Tantos años de guerra y de caer prisioneros le habían desarrollado una gran inteligencia emocional y una adaptabilidad intuitiva. Una de esas aplicaciones era no oponerse en posición de debilidad a un contrincante más fuerte, aunque fuera difuso y ambiguo en la

historia. Por eso directamente pintó de verde su camioncito y en un fondo blanco con letras de rojo sangre se leía justamente: «un Nápoles». Así iba de un pueblo a otro trabajándose el peso con el comercio y el canto.

La mercadería la compraba casi toda a un contrabandista chileno y la completaba con alguna cosa que adquiriría cuando llegaba tan al norte como Bahía Blanca.

Gaetano era muy hábil con la mecánica, así que arreglaba el mismo el viejo Ford que tenía un motor de ocho cilindros irrompible, pero frágil del resto.

De nuevo en movimiento, su mente se fijó en el recuerdo de Svetlana, su cuerpo, su generosa anatomía, sus ojos azules y su rubio tan amarillo que parecía el sol. Cuando le dijo eso en Siberia, le pareció a la rubia Svetlana, el clímax del romanticismo y conquistó netamente su frío corazón. Por esos misteriosos caminos de los dioses, ella, enfermera del campo de concentración, lo recomendó a su marido, el coronel a cargo de la base y eso fue su salvación.

Gaetano no la olvidaría, ni tampoco quería que se olvide, pero ya hacía mucho que no tenía noticias de ella. Así su compromiso de gratitud se iba desinflando, quedaba solo una colección de recuerdos.

Justamente, en los casi dos años que llevaba subiendo y bajando por la Patagonia, nadie se hizo presente a recordarle su compromiso, menos aún la propia Svetlana. De modo tal que inclusive el hombre, con facilidad para olvidar lo inconveniente, ya no sabía bien si todo había sido un sueño o más prácticamente un casual malentendido. O bien, no lo tomaban en serio.

Pero no lo habían hecho agente secreto por piedad ni de ella ni mucho menos de la Central. De nuevo estaba entrando en la profundidad de esos arcanos cuando algo le llamó la atención en la marea, que bajaba de modo particularmente pronunciado; la mayor en mucho tiempo, según había oído.

Detuvo el forcito, apagó el motor y se puso a mirar mejor. Sus ojos de marino se estrecharon y su seguridad aumentó. Algo estaba

emergiendo en el mar. En la guantera llevaba el arma, pero también otros dispositivos para emergencias: linternas, binoculares, fósforos, ginebra para unos tragos. Pero eran lo binoculares los que usó. Miró lo mejor que pudo. Decidió hacer algo muy peligroso, dejar el camión estacionado y solitario. Lo cerró cuidadosamente, se llevó el revólver y dejó el fusil sin municiones y fue hacia la playa grisácea con una linterna y los fósforos.

La marea seguía bajando. Nunca la había visto así. Pero más le impresionó lo que iba descubriendo. Ya se veía con claridad. En esa zona había unas rocas, lisas por el agua, pero de buena envergadura. Fuertemente encajado entre dos de ellas asomaba la proa de un submarino y más atrás se veía la torre de la nave. ¡Era un barco entero!

Gaetano era conocedor. Este era un submarino moderno, pero debía haber estado bajo el agua un tiempo, porque era puro óxido y muchas algas.

Se fue acercando al casco y mirando cuidadosamente por delante hacia la nave, hacia atrás por si alguien lo veía y vendría tras él y hacia arriba por si aparecía un avión de reconocimiento. Estaba solo.

Entró al agua y desde una de las rocas logró saltar arriba de la cubierta. Identificó rápido el origen. A pesar de la suciedad entendió enseguida que era un submarino ruso. Era increíble, imposible e inimaginable, pero el submarino, sin identificaciones era ruso. Estaba seguro. Había visto años atrás esas características, el mismo diseño. Era tal vez en el puerto de Vladivostok donde se lo habían mostrado. Su memoria no olvidaba esas cosas.

Avanzó hasta la misma torre y escuchó atentamente por si advertía algún ruido, o una señal. Nada. La nave estaba firmemente encallada. Pero probablemente al subir de nuevo la marea podría moverse, ¿habría alguien vivo? Imposible. Era obvio que él tenía que entrar. Nadie le había dicho nada, pero esta podría ser la respuesta a sus dos años de espera en la Patagonia. Era una intuición.

Gaetano era valiente, pero ni loco ni audaz. Reflexionó un rato antes de decidirse. Tal vez podía ser mejor esperar órdenes si bien en dos años nadie se había contactado con él. Por lo menos lo podían haber ayudado un poco. Pero los rusos son especiales y dentro de su misma burocracia a veces se enredan y las órdenes salen mal o demoradas. Peor la debían haber pasado dentro del submarino. Imposible saber más si no intentaba entrar. Se acercó a la torre y trató de mover la puerta con su manubrio. Encontró uno de los resortes y le disparó. La rueda se movió como si estuviera aceitada y la escotilla se abrió como un envase de hojalata.

De adentro emergió un gas nauseabundo. Un olor fuerte y conocido. El de la muerte. Miró hacia abajo y estaba oscuro. Dejó airear un poco, pero comprendió que no iba a mejorar mucho. Hacía frío, pero rompió parte de la camisa debajo de la gran campera para usarla como barbijo y empezó a bajar.

La linterna iluminaba con claridad y ubicación. Extrañamente, no se notaba que se hubiera inundado el barco. Encontró a todos los marinos vestidos con uniforme de salida y no de fajina. Como si la muerte los hubiera sorprendido entrando a puerto o prontos a desembarcar. El aire afectaba la piel de sus rostros y dejaba ver los huesos de las dignas calaveras que aparecían entre la solemnidad de los uniformes. Como todo estaba seco paseó por todo el barco, que no se había dañado internamente en ningún lado. Observó que habían sacado las máscaras de oxígeno de su lugar, pero no habían llegado a usarlas, porque estaban todas sobre una gran mesa. Sobre una de las pizarras del telegrafista, cerca del radar oscuro se leía un número en letras blancas «42». Probó a contar todos los cadáveres y eran justamente 42. Podría decir algo o tal vez simplemente contar los que estaban a bordo. Entonces era normal.

Un misterio o simplemente una cuestión contable. Pero ya estaba acostumbrado a que no todo lo inexplicable tenía solución y no todo lo que no tenía solución era inexplicable. No tenía tiempo para sofismas. Dudó que en lugar de eso fuera en realidad un silogismo. No tenía tiempo para esas cuestiones, que tampoco eran su fuerte.

Estar rodeado de todos esos muertos tan elegantes en sus uniformes lo dejó perplejo. Fue a revisar la carta náutica y estaba abierta en una ubicación al sur de Ciudad del Cabo. Miró el radar, pero imposible encenderlo ni hacerlo funcionar. Fue a buscar la bitácora y la tomó. Encontró un gran bolso marinero con el nombre del barco en caracteres cirílicos que inmediatamente interpretó. Pero ese nombre no le decía nada. Empezó a juntar elementos de información y se dispuso a guardarlos en el gran bolso. Ya los revisaría.

Sin darse cuenta, el tiempo iba pasando. Lo tomó en consideración cuando posiblemente, por efecto del cambio de la marea, escuchó un leve temblor. Era posible que el flujo del movimiento del agua lo estuviera moviendo en su accidental prisión. Tal vez la masa generara un efecto hidráulico que lo liberaría o tal vez no. Pero no podía arriesgarse. Con práctica agilidad de militar revisó todo lo importante. Requisó todos los documentos que llevaban encima los cadáveres. En una esquina, cosa que no había observado antes, vio una caja fuerte. No muy grande, en realidad bastante pequeña. Como las que se usan para guardar algunos objetos y nada más. Prácticamente portátil. No podía salir sin vaciarla. Se puso con paciencia a tratar de abrirla. La batería de la linterna comenzaba a flaquear y no duraría mucho. Prendía los fósforos y la llama no duraba lo suficiente.

Le tiró unos balazos, pero no pudo forzarla. La trató de levantar y verificó que no era tan pesada aunque en una primera mirada parecía chica, al moverla no era tan fácil de agarrar. Tal vez fuera musgo o quién sabe qué, pero estaba un poco resbalosa. De alguna manera la arrastró y con una mano que parecía una garra, llevaba la bolsa también. Lo más difícil fue subirla, pero empujando con la cabeza, que calzaba prácticamente en el centro de la base, casi se desnucó, pero al fin la sacó afuera. El resto fue más fácil. Se mojó bastante porque el agua ahora pasaba casi totalmente por encima de la estructura encallada. Por suerte no totalmente y hacía pie. Pero, con cuidado y suerte, logró bajar a las rocas que ya estaban

cubiertas de espuma y de allí a la playa. Todo con la bendita caja fuerte a cuestas. Hizo el esfuerzo supremo de llegar hasta el camión. Lo logró. Empujó la bolsa y puso la caja fuerte en la parte de atrás, con la mercadería. Tuvo la precaución de taparla con una partida de talco y de cajas de peines, más unas mantas de dormir. Con lo poco que le quedaba de fuerzas se metió en el forcito y se agarró al volante. Miró una última vez hacia el mar, pero solo vio gaviotas en el cielo y unas olas portentosas que cubrían las piedras. Sentía los músculos endurecidos. Se quitó lo que le quedaba de la camisa y agarró una de las mantas.

«¡Qué descubrimiento!», dijo al viento mientras manoteaba en la guantera. Un buen trago de ginebra lo entonaría.

